

# LA AGRICULTURA DE UN MUNICIPIO CASTELLANO: A PROPOSITO DE UNA HISTORIA DE MEDINA DEL CAMPO

CONCEPCION DE CASTRO  
Universidad Complutense

Si el dinamismo de la agricultura española durante el primer tercio del siglo xx resulta ya incuestionable, quedan aún lagunas de consideración respecto a su evolución a lo largo del siglo xix. Sabemos que tampoco fue inmovilista en su conjunto y que alimentó a una población creciente, pero que se comportó de forma bastante más modesta a como lo haría a partir de 1900 y, sobre todo, de 1910. Para el siglo xix faltan datos sobre productividad, y las preguntas sobre la producción de los alimentos básicos en la alimentación de la época sólo encuentran aún respuestas parciales. El estado de la cuestión queda así planteado tras la publicación de la *Historia Agraria de la España Contemporánea*, editada en tres volúmenes por A. García Sanz, R. Garrabou, J. Sanz, C. Barciela y J. I. Jiménez Blanco.

Garrabou y Sanz han expuesto un doble modelo para el siglo xix, roturador e intensificador a la vez. Aunque no existen cifras sobre el uso del suelo agrícola antes de 1860, otros testimonios indican la instrumentación del modelo desde el primer tercio del siglo. Los estímulos al aumento de la producción proceden de la demanda interior, con un crecimiento sostenido de la población, y de la demanda exterior, incluso con un débil saldo exportador de trigo hasta 1875, como ha demostrado L. Prados de la Escosura. Por supuesto, la expansión sólo es posible gracias a las reformas de la revolución liberal. Muestra temprana de la liberalización son los avances hacia la integración del mercado nacional, palpables ya en los años de 1830, aunque el impulso definitivo acabara de darlo, más adelante, el ferrocarril.

El cereal —siempre predominante—, el viñedo, el olivar y otros cultivos, entre ellos la patata, se extienden a costa de tierras de monte bajo, matorrales y pastos, tradicionalmente dedicados a la ganadería trashumante. Al mismo tiempo, la superficie sembrada de cereales crece más deprisa que la superficie cultivada, reduciéndose los barbechos; y el centeno va cediendo terreno frente al trigo. Por otro lado, es preciso considerar que, si los cereales para la alimentación humana mantienen el mayor peso en el conjunto, los producidos para piensos crecen más rápidamente a lo largo del siglo xix, supliendo así

a esas tierras de pastos y de montes que caen bajo las roturaciones. En este aspecto destaca la producción creciente de avena y principalmente de cebada, ligada a la sustitución de los bueyes por las mulas en las faenas agrícolas, sustitución propugnada ya en el siglo XVIII por la mayor rapidez y eficacia de las mulas. Otra aspiración de los ilustrados españoles había sido el fomento de la ganadería estante frente a la trashumante y su integración en las explotaciones agrícolas. A pesar del declive ganadero a lo largo del siglo XIX —general, salvo para el ganado mular—, parece que se avanzó en la deseada y beneficiosa integración.

Lo que, sin ningún género de dudas, logra el siglo XIX es lo que constituyera el objetivo, entonces frustrado, de la libertad del comercio de granos y demás reformas agrarias de Carlos III: un aumento de la producción agrícola, fundamentalmente de granos, capaz de mantener el crecimiento sostenido de la población. Lo que no puede despreciarse es el papel desempeñado por la expansión del maíz —con su doble carácter de pienso y de alimento humano— y, sobre todo, por la patata, que suple el débil crecimiento de los cereales-alimento *per capita* a lo largo del siglo XIX.

Así, sin aumentos, al menos sensibles, de la productividad en el sistema cereal, aumentan los rendimientos de la superficie cultivada al tiempo que se amplían las roturaciones. Por otro lado, aunque el cereal siga predominando, su porcentaje disminuye a partir de 1860 en beneficio del viñedo, del olivar y de otros cultivos.

Este planteamiento global es aún un panorama de luces y sombras. Quedan cuestiones por aclarar o por verificar. No es la menor de ellas el ampliar nuestro conocimiento sobre la evolución de Castilla la Vieja y León. Garrabou y Sanz coinciden con Tortella al afirmar que la producción crece menos allí que en otras regiones, pues, mediado el siglo, se había alcanzado el límite de lo cultivable con la tecnología tradicional empleada. Destaca, desde luego, la pérdida de importancia relativa de la región productora de granos por excelencia frente a otras de comportamiento más dinámico a lo largo del siglo. Gracias al menor crecimiento de la población castellano-leonesa, quedaría un mayor margen para la comercialización.

El problema consiste —como afirman Garrabou y Sanz en el tercer volumen de la *Historia Agraria* mencionada— en que, para «conocer lo sucedido con la producción agraria española durante el siglo XIX, [...] nos movemos aún por un camino [...] para cuyo recorrido sólo contamos con indicios indirectos y con vagas señales». La escasez de fuentes suficientes de carácter general hace más necesarias, pues, las investigaciones locales y comarcales. Las aportaciones de este tipo de investigaciones resultan siempre muy valiosas, pero parecen insustituibles en este caso y apenas se empieza a disponer de ellas.

Recientemente ha aparecido una *Historia de Medina del Campo y su Tierra* que justifica por sí sola lo dicho. Patrocinada por varias entidades locales, provinciales y autonómicas, es una historia completa en tres volúmenes, con numerosas colaboraciones \*. Abarca desde la evolución prehistórica de esta tierra y el nacimiento de Medina hasta los tiempos actuales, pasando por el auge y decadencia de sus Ferias, que trata el segundo volumen. El presente comentario se refiere únicamente al tercer volumen (*Las Tres Riquezas: Agricultura, Industria y Cultura*) y, de forma específica, a una parte del mismo: la agricultura del término municipal de Medina del Campo en el siglo XIX. No obstante, su autor, H. Pascual Gete, trata los siglos XIX y XX, hasta 1984, bajo el siguiente título: *De la opción capitalista al gran impulso dado al regadío*.

Pienso que los cambios en la agricultura de Medina en la primera mitad del siglo XIX, modestos, pero relevantes, constituyen un ejemplo valioso de lo ocurrido en la región, y que permiten conocer con algún detalle en qué consistió la transformación. Aunque Pascual Gete lo considera un caso «pionero», parece adecuarse mejor a la evolución general de la región, desacelerándose después la agricultura medinense desde 1860-1875, como afirma el autor, a un ritmo semejante al de otras tierras castellanas.

Superada la etapa depresiva de finales del siglo XVIII e inicios del XIX, la población de Medina emprende una expansión que, hacia 1850, ha llevado a superar el techo de la segunda mitad del siglo anterior. El incremento demográfico se basa en una expansión económica esencialmente agraria, impulsada más adelante por el ferrocarril, desde 1860-1870, al convertirse Medina en un importante nudo ferroviario.

Lo que más llama la atención de ese impulso agrario es que, como destaca Pascual Gete, apenas pudo instrumentarse sobre la roturación de superficie inculta, «dada la inexistencia de extensiones importantes de la misma» (p. 112).

En el término de Medina se dio, ciertamente, la reconversión de unas 700 has. de viñedos en sembradura de secano —cereal y legumbres—, y probablemente de gran parte de las tierras comunales —unas 50 has.—; mas lo máximo que pudo conquistarse a los baldíos, eriales y cañadas no superaría las 300 has. El resto de las 1.600 has. ganadas por el cereal y las legumbres en 1872 (Resumen de la Estadística Territorial) sobre 1751 (Respuestas Particulares del Catastro) procedería de una mejor medición del término, de la incorporación de despoblados en el mismo, etc. Pero el cambio ocurrido en Medina «consistió fundamentalmente en una reordenación de cultivos que, unida a una mayor integración agrícola-ganadera, permitió aumentar los ren-

\* E. LORENZO SANZ (coordinador), *Historia de Medina del Campo y su Tierra*, Valladolid, 1986, 3 vols.

dimientos superficiales» (p. 107). Aunque no puede precisarse, probablemente el cambio tuvo lugar entre 1830 y 1860, pareciendo ya consolidado en los años de 1850. Ahora bien, esa imprecisión no excluye que, como plantea Llopis para la generalidad del país, una expansión más modesta pudiera iniciarse antes, desde la primera restauración fernandina.

El Amillaramiento de 1850 muestra ya, respecto al Catastro de Ensenada, la reordenación de los cultivos de Medina hacia el trigo, la cebada y las legumbres, a costa de un fortísimo retroceso del centeno. Es decir, que unas tierras tradicionalmente consideradas de mala calidad y por eso dedicadas al centeno —de bajos rendimientos y probablemente cortado en verde para el ganado—, producen ahora trigo y cebada, de altos rendimientos unitarios, pero que requieren suelos fértiles. Ello se hace posible mediante la intensificación de los cultivos y mediante la expansión y transformación de la ganadería. Es decir, que, por un lado, se acude al barbecho sembrado con algarrobas para el ganado y con garbanzos para la alimentación humana. Por otro lado, la cabaña ovina crece de 6.000 cabezas en 1751 a 9.000 en 1850, y en esto sí podría aparecer Medina como una auténtica excepción; pero, al mismo tiempo, aumenta también significativamente el número de labradores dueños de lanar a costa de otros propietarios de ganado, pastores sobre todo (Amillaramientos de 1839 y de 1850). Sobre esta mayor integración del ovino como medio de producción cerealista, en el ganado de labranza, que también aumenta en su conjunto, adquiere un peso mucho mayor el mular y caballar sobre el bovino; de ahí la aceleración y adecuación de las aradas. Así se explica la favorable evolución de los rendimientos y la multiplicación de la cosecha media entre 1751 y 1850-1855 (Amillaramiento de 1850 y *Estado que demuestra la recolección en Medina...* en 1855). Y se explica, igualmente, que, por esas fechas, la producción de cereales y legumbres para pienso, incluyendo la estabulación invernal de las ovejas y considerando la importancia de la cebada para el ganado mular, haya aumentado tanto o más que la producción de trigo y de garbanzos.

Tras la expansión de Medina se hallan, como en la generalidad del país, el crecimiento de la población (Padrones de 1838, 1840, 1855 y 1883) y los cambios introducidos por la revolución liberal. Pero Medina constituye también uno de los casos en que el impulso de la producción agrícola y el de la actividad comercial se hallan estrechamente relacionados ya a mediados de siglo. Para entonces, Medina es un centro mercantil importante, redistribuidor de artículos variados procedentes del Norte, de Andalucía y de Extremadura, pero centro, ante todo, exportador de trigo hacia otros núcleos de la comarca y de las provincias vecinas. A este respecto destacan los negociantes y los comerciantes de granos registrados en las matrículas industriales y de comer-

cio. Desde la década de 1820 se va formando, efectivamente, en Medina un núcleo de comerciantes, alguno de cuyos miembros refuerza su patrimonio con tierras procedentes de la desamortización de Mendizábal.

La gran mayoría de las fincas entonces subastadas fueron adquiridas por vecinos del término; los «rentistas hacendados» constituyen el grupo más importante de compradores y destaca en el conjunto el peso de las fincas superiores a las 100 has. Como afirma Germán Rueda en su colaboración al mismo tercer volumen de esta obra, la comarca de Medina contrasta con las demás de la provincia, al ser en ella las capas superiores de la sociedad las que se hicieron con la mayor parte de lo desamortizado por Mendizábal; y lo propio sucede con el término municipal de Medina del Campo. La desamortización de Madoz en la comarca arroja, como dice J. R. Díez Espinosa en otra de las colaboraciones, una mayoría de vecinos de la misma compradores de fincas medianas, entre 20 y 50 has. El resultado en el término de Medina, tal como aparece en el Amillaramiento de 1881, muestra un aumento considerable del número de explotaciones agrarias respecto a la situación de 1751. La estructura es menos desequilibrada que entonces, gracias al aumento de las explotaciones de tipo medio en régimen de cultivo directo; y ello no obstante el peso que mantiene siempre en Medina la gran propiedad arrendable y el número considerable de pequeños propietarios (pp. 140-145).

Es en tal contexto donde tiene lugar el cambio descrito en la agricultura de Medina del Campo. La exploración en su Archivo Municipal sugiere la necesidad de otras semejantes que vayan aclarando hasta qué punto fue «pionero», como sugiere el investigador, o se adecuó al ritmo de la región, que vayan ampliando la explicación de cómo pudo alimentarse a una población creciente sin innovaciones tecnológicas en el campo, y que demuestren dónde, cuándo y cómo se intensificaron los cultivos y se roturaron o no tierras de montes, prados o cañadas. Es cierto que las fuentes primarias halladas en Medina tampoco parecen excesivamente abundantes, mas bastan a explicar el cambio operado hasta los años de 1860. Después parecen casi faltar para la agricultura, excepto el Amillaramiento de 1881, y Pascual Gete acude principalmente a los tomos correspondientes de la *Crisis Agrícola y Pecuaria*, a la prensa local y provincial y al número monográfico dedicado en 1911 por el *Financiero Hispanoamericano* a la provincia de Valladolid.

A partir de 1875, Medina se convierte en un complejo «agro-merco-industrial». Se consolida como un importante centro mercantil de cereales, de trigo principalmente, potenciado por el ferrocarril. Pero lo que más destaca ahora es su crecimiento industrial que, con fabricación de harinas, chocolate, sacos y lonas, etc., supera la prolongada etapa gremial. Dentro de la modestia castellana, Medina es un núcleo próspero. La prueba es que, en 1892, se crea el

Banco de Medina. Y, en 1917, la mayoría de sus fábricas se mueven mediante la energía que genera la Hidroeléctrica de Pesqueruela.

Ahora bien, su agricultura, amparada en el proteccionismo arancelario, se desacelera y los rendimientos apenas crecen, en marcado contraste con la etapa anterior. Si mediante el cultivo intensivo de regadío se introduce la patata, luego la remolacha y últimamente la alfalfa, las hectáreas de regadío no pasaban de 34 en 1910. La tendencia es la de reforzar el monocultivo triguero, extendiendo la superficie cultivada en rotación con la cebada y añadiéndose la novedad del guisante como leguminosa de primavera. Acompasando la marcha al conjunto de la región, a principios del siglo xx se contempla en Medina el paso del sistema bienal con barbechos semillados a otro muy parecido al trienal. En 1913 se anuncian ya, en los semanarios locales, dos empresas fabricantes de maquinaria agrícola, la una con sede en Madrid y la otra en Vitoria, pero esta última con almacén en Medina. Y, por esas fechas, hay comerciantes de granos que, junto al trigo, anuncian también la venta de abonos minerales.

La distribución del suelo y la actitud de los grandes propietarios contribuyen a explicar la atonía agrícola. En 1881, la mediana propiedad —10 a 50 has.— apenas supera el 25 por 100 de la extensión total; son numerosos los pequeños propietarios, y especialmente predomina la gran propiedad. Con el paso del tiempo siguen fraccionándose la pequeña y la mediana propiedad, mientras se mantiene inalterada la grande y se aferra hasta muy tarde, como en toda la región, al régimen de explotación indirecta. Sólo alguno de esos latifundistas resulta ser emprendedor, un auténtico empresario agrícola. La mayoría prefiere el cómodo papel de rentista y continúa por la vía de los «procedimientos antiguos». Están protegidos por el arancel y por unos contratos de arrendamiento ancestrales, estudiados ya por Robledo Hernández. En 1916, en el *Heraldo de Castilla* se destacaba el abuso perpetrado a través del cobro de la renta en especie: «El aumento de precio debe corresponder al labrador [...]; y así sucedería si los labradores estuvieran perfectamente unidos y establecieran el pago de las rentas en efectivo» (cit. en p. 199).

Como queda dicho, la evolución agrícola y ganadera de Medina puede seguirse en el estudio de Pascual Gete hasta fecha tan reciente como la de 1984, con riqueza progresiva de fuentes y, ya con detalle, la modernización desde 1960. La mecanización y el regadío, realizado éste de forma individual mediante la perforación de pozos, han impulsado una racionalización parcelaria al margen de la concentración oficial. En cualquier caso, esta última, aprobada en 1959, redujo el número total de parcelas desde 3.923 en manos de 569 propietarios a 707, resultando una superficie media de 10,68 has. frente a las 1,95 has. anteriores (p. 574). Unido todo ello a una fertilización mineral

mucho más abundante y a la progresiva generalización de rotaciones racionales en el secano y en el regadío, han aumentado considerablemente los rendimientos unitarios. Pero la intensificación, aunque lo disminuya notablemente, no elimina el barbecho típico del secano en los suelos mediterráneos.

La agricultura de Medina se complementa con otro estudio, más breve y escueto, sobre su artesanado y su industria entre 1773 y 1936, debido a P. Marcos Martínez. Sus fuentes son, básicamente, los padrones de vecinos, el subsidio industrial y de comercio de 1838 y las matrículas de la contribución comercial e industrial, más las listas cobratorias de la Cámara de Comercio e Industria desde 1900. Con ellas el autor constata el inicio de la transformación parcial del sector secundario en las últimas décadas del siglo pasado, así como su consolidación a partir de los años de la Primera Guerra Mundial.

Al período 1940-1981 dedica Basilio Calderón un trabajo sobre la industria en Medina, el comercio como centro tradicional de servicios, la población y el impacto en la estructura del núcleo urbano.

Otras colaboraciones incluidas en este volumen se ocupan de los colegios de segunda enseñanza entre 1878 y 1901 (J. D. Martín García); de la literatura y la cultura (J. Rubio González), destacando los grandes maestros impresores que tuvo Medina en el siglo xvi y los numerosos libros allí editados en aquella época de florecimiento: tras el vacío posterior de casi tres siglos, el renacimiento de la actividad editorial de Medina no parece sobrepasar la publicación de diversos semanarios locales en las últimas décadas del siglo xix.

El grueso volumen incluye también las aportaciones de J. Díez y A. Sánchez del Barrio, acerca de la cultura tradicional de la Tierra de Medina, incluyendo romances, danzas y bailes rituales o de entretenimiento, canciones, costumbres y hasta gastronomía, así como la información de I. Sánchez López sobre la arcaica alfarería, ya extinguida, y sobre el vocabulario de aquellas tierras. Se pueden encontrar, finalmente, noticias sobre la concentración parcelaria y sobre el ferrocarril, sobre monumentos desaparecidos, festejos, ferias ganaderas y otras efemérides locales.